

www.elboomeran.com

LOS QUE MIRAN



LOS QUE MIRAN

Remedios Zafra

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Pixelated portrait of man covering his eye.

© burtoo/RooM the Agency/Corbis

© Remedios Zafra, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: : M-7234-2016

ISBN: 978-84-16247-67-7

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Quien ha sido ofendido, desdeñado, tiene una iluminación tan vívida como la experimentada cuando la agonía del dolor nos enciende el cuerpo. Toma entonces conciencia de que en la ceguera más íntima del amor, que debe permanecer ajeno, anida la exigencia de no dejarse enceguecer. Lo han agraviado; de ello deduce la reivindicación de un derecho y debe al mismo tiempo rechazarla, pues lo que desea sólo puede darse en libertad. En esa zozobra, quien es desairado se vuelve humano.

THEODOR ADORNO

I
La tribu

Inutilidad de los ojos

Abrir el ojo para saber, cerrar el ojo o, al menos, escuchar para saber aprender y para aprender a saber: éste es un primer esbozo del animal racional.

JACQUES DERRIDA

Una paz, como de no haber existido o de no tener memoria, me paralizó durante varios segundos antes de congregarse en mi cuerpo a todas las personas que he sido, apretadas para mirar desde las distintas capas de recuerdos compartidos con mi hermano y a través de los ojos de ahora, corridos de rímel y con restos de máscara de ojos azul marino, de textura grasienta como de mantequilla o de lágrima. Una paz que anunciaba la estridencia de la conciencia frente a mi hermano semitendido en aquel baño que también era azul, más claro, pero estaba rojo, mientras su sangre brotaba como si trasvasara la vida de su cuerpo a la casa y el canal Viajar sonaba en el salón vacío, hablando del irse en otro idioma, más dulce y ornamentado que la boca cuando se despide de veras. Y mi hermano Manuel recostado entre el suelo y la pared, su cuerpo blanco, nuestras ropas rojas, la casa escindiéndose de él, y él parecido a él, casi sin serlo.

La voz de fondo era de papá, despeinado, encendido su rostro y fuera de sí, gesticulando y cayendo como un animal encerrado, pidiendo a Dios por las esquinas de las habitaciones por las que derivaba sin control que mi hermano volviera como una aparición, con la imagen de antes, pero renovada, suave y enternecida, como la Virgen que dice su amigo Miguel se le presentó a él en el campo, un día, hace tiempo.

Ante una persona sin futuro el rostro se inclina. Parece que así sucede cuando los que amamos se mueren. Quizá por ello todos permanecemos doblados hacia mi hermano, mientras mi padre, como una Santa Teresa efervescente y plisada, torcía cuerpo y cabeza hacia arriba.

Papá, delirante, oblicuo y mirando al techo, pedía ver a mi hermano de otra manera. Yo, sintiendo un cuello absolutamente falible, casi incapaz de sostener la cabeza y la mirada, deseaba bajar los párpados y disgregar la imagen exterior, soñar repentinamente u olvidar, dormir o manipular mi percepción para confundir la realidad, queriendo descubrir un posible espejismo o una ficción imprecisa y extrema con sus costuras y botones. Deseaba que tanto amor contenido no explotara inútilmente demasiado tarde, ahora que todo parecía tan «inútil», tan «demasiado» y tan «tarde».

El amor resbalaba como el agua sobre el plástico, incapaz de calmar la respiración angustiada, perfilando más si cabe la imagen intransigente de mi hermano quitándose la toalla del cuello, que era fuente y era cuello, como si dijera a la vida, antes dorada y disponible: «Maldita, no has hecho bastante». Y a nosotros: «Recordadme, es mi gesto y en este cuerpo enfermo mando yo por el tiempo en que esta sangre que es mía, pero ahora de la casa, deje de llegar a mi cabeza», que por unos segundos piensa: «Maldita vida que no...». Y en un aliento sin grandezas, y sin tiempo y sin aire, mi hermano se deja la frase sin terminar con ese olor a muerte tiritando de humano en las baldosas. Y la imagen de su rostro se paraliza derrotada mientras una mosca vuela, su cuerpo resbala entre nuestros dedos y nosotros nos movemos torpes gritando con ojos no humanos, queriendo recordarlo todo pero sin ver, queriendo olvidarlo todo y, sin embargo, memorizando cada detalle del instante que nos señala, con demasiada antelación, qué poco dura una vida, qué banal ahora todo lo que pudo haber sido.

Poco tardaron en amontonarse palabras tardías de amor reservadas para el instante pero atascadas por la escena y derramadas de pronto como un vómito inservible. Palabras y zarandeos que quisimos decir y hacer para sostenerlo aquí, desde un

posible instante desmayado o de reversibilidad en el que tal vez podríamos haber ganado algo más de tiempo... *Maldita vida que no...*

Nada evitó que todo el peso de la conciencia cayera sobre nuestros párpados, que buscaban mimetizarse en sus ojos grandes y oscuros, casi negros, para cambiar sus gestos, presionando por empujarle a este lado del dolor. *Inténtalo, hermano, inténtalo...* Pero un párpado ajeno no puede mover un párpado que sucumbe.

Repetidamente procuré desenfocar ese primer plano que aún me acompaña, suavizarlo con besos... Todavía ahora intento desencadenar imágenes de otros tiempos, mezclarlas con bromas pesadas que duran demasiado, con figuraciones y días de lucidez, pero todo lo concentrado en aquel rostro poseía la radicalidad de lo hipervisible, del aquí todo y aquí nada, punto y acantilado.

Llegué a imaginar un castillo sin salida. No suponía que aquellos muros, que aquel mapa, serían permeables, que de aquella imagen podríamos salir con los ojos cerrados y abrirlos pasado el tiempo. Su contundencia pesaba demasiado.

No sé exactamente cómo ni con qué cuidado extremo sacaron a Manuel de aquel cubo de baldosas porque yo no pude apartar la mirada ni un momento del fragmento ensangrentado del baño en que se acurrucó convertido en lugar y tiempo irreversibles. Allí, yo, o mi cuerpo sin mí, limpiaba los azulejos, que no sabía si frotar o besar. Arrodillada sobre el suelo manchado, notaba que mis ojos se atascaban entre bisagras de carne endurecida que chirriaban por dentro, aunque parecían de piel, que no me obedecían. Y queriendo buscar un atajo para suavizar la dureza de mis párpados, mis manos se empeñaban en llenar los vacíos de sentido que punzaban y, obstinadas, mecánicamente, mezclaban sangre con agua y recogían en un cubo la materialidad de la imagen de carne.

Esa guerra era desigual. Y la escena no tardó en identificar la vulnerabilidad de mi cuerpo, tan abierto al mundo. Porque la imagen de mi hermano hacía un tiempo que había cambiado temperatura y olor. Lo que antes olía a jazmín se abrió caliente

mostrando la podredumbre de la enfermedad o de la despedida, ácida y espantosamente.

Aunque me mantuve con los ojos casi cerrados mientras disolvía en agua las manchas templadas de su verter incontrolado en la casa, la imagen igualmente entraba por mi nariz, fijando en mi memoria cómo, desde entonces, olerán los picos de intensidad de la vida cuando se nace, cuando se enferma o cuando se muere y en todos los casos se ama.

Y me parece que en aquel momento el agua no era agua, sino la ficción del tacto, el mito que reivindica lo sensible de la vida. Pero no sólo eso. Siendo reducto de un cuerpo que fue vivo, era también lo que arrastra y lo que borra, lo que diluye o tapia la prueba, el cuerpo vencido.

Juraría que tiene que ver, que todo mi empeño baldío se hizo frustración por tener manos y no haber podido apagar los ojos, diferenciar el agua que sana y limpia la herida del agua que empuja lo que queda.

Aunque ahora sienta con claridad de lágrima que de nada habría valido sellar los ojos o devolverlos al hoyo de su palabra, que la imagen se alojaría sin negociación allí donde consiguiera hacerse memoria y cuerpo, inmune a cualquier voluntad de borrado que no suponga desactivarme, hacerme otra. Se va un instante y vuelve.

La escena vuelve. Vuelve con sus objetos, convirtiendo el recuerdo en líquido espeso que no diferencia baldosa de mano, agua de sangre, integrándonos a todos en una masa, magma caliente, en un sonido desconsolado, como lo que se abandona sin remedio, sin querer, sin poder pronunciar. Algo iba mal en el lenguaje.

Y yo, incapaz de pronunciar las palabras de un posible pie de foto que describiera, sin un mar de subjetividad, lo visto. Me digo que el aliento de la imagen se apagó en nosotros y no en su cuerpo. Y la esencia del «no ser ya» se agarra con nudos allí donde el cuerpo con cabeza aparenta ser fluido y vísceras, pero es otra cosa: símbolo, pretensión, espíritu.

Buscando salir de la atracción de ojos y rostro blanco que era Manuel allí tendido, dulce como una escultura e hiriente en su

gesto de inconformidad, mis ojos lograron dudar unos segundos de la realidad de lo vivido, demasiado realismo para la vida material. No puede ser. Es de noche y estoy durmiendo, o es metáfora de algo que pincha y, como quien lame su herida, se escribe de mentira o se hace ficción para que duela menos, nunca literalidad. Puedo borrarlo. Esto es invento.

Pero no. Fue. Ha sido. Hay testigos, estamos aquí, es verdad. La vida, como la muerte sin adornos, como la enfermedad, se derrama y huele demasiado para ser un cuento. Mejor no engañarse ni insistir en la reversibilidad y dejar que la imagen rebose sin estridencias en la habitación, que se disperse en las cosas para no concentrar la pena en unos ojos que han sido. Mejor desmenuzarla en objetos reparadores por ajenos: ese cepillo de dientes, ese espejo, ese techo, esa toalla que no fue la elegida. Mirarlos (esos ojos) es la peor condena.

Alguien tan cobarde como yo no merece un castigo de fuertes. Pero tampoco lo merece el pequeño León. La vida le atropella con todo esto y él resiste. Lo aparenta al menos. Aunque yo lo había subestimado. Acostumbrado a las imágenes de colores inodoros y planos de los cuentos y dibujos animados, supuse que quizá esta realidad le quitaría el habla o la conciencia. Sin embargo, ese día León se mantuvo todo el tiempo cerca de la escena, en la planta de abajo. Allí lo entretenían con atenciones y cariños exagerados y sólo llegó a ver la foto fija de después, su padre maquillado y como dormido. Él lo esperaba y, en ese tono impasible y sabio de los niños a los que no se les oculta lo efímero de la vida, callaba y se dejaba llevar de mano en mano, asustado más por la aglomeración de personas mayores que circulaban con llamativa normalidad por la casa que por el carácter incomprendiblemente definitivo de la imagen de su padre.

Mientras, arriba, el agua culminaba fascinada por recoger los restos de vida en las ya gotas, leves rastros, de sangre y transportarlos como en un río. Y es probable que la sangre les haga imaginar una escena épica, pero esa épica no existió externamente, fue como si una vida se rebelara dentro de un cuerpo. La sangre brotó de pronto, íntimamente, en alguien vivo con deseo de seguir: *on, in-between, behind...* Y claro que descubrir que la

sangre que trasvasa o anula la vida no fue sutil. Mienten quienes convierten el instante en algo dócil e inadvertido. La vida se filtró líquida por el suelo para agarrarse a nosotros y a la casa. Y yo pensaba, ¿por qué no podrá germinar mi hermano del aura caliente de la sangre, como las plantas de las semillas, en los cimientos de esta casa?, ¿de qué manera podría mantenerse aquí más allá de haber habitado y muerto en este lugar determinado?

Todavía hoy, ni siquiera reiterando aquella imagen, obsesivamente, rindiéndole un duelo, queriendo agotarla, distraerla o enterrarla entre otras, se empequeñece. Es como si habitara aún en «tan marcado» presente que regresa como una proyección interna que quisiera compensar, excesiva y simbólicamente, la anterior materialidad de la vida, hacerlo impregnando las paredes y la casa de ilusiones y recuerdos con él, como capas inmunes a la lejía y al deseo.

Los que rezaban en la planta de abajo aquel día no habrían pensado que andaba desquiciada, sólo me habrían compadecido, si premeditadamente hubiera cambiado la máscara de ropa cotidiana y entonces ensangrentada por mi cuerpo desnudo expuesto ante ellos, salpicado y vestido por un hilo de sangre de Manuel para que algo suyo se filtrara dentro y brotara después, para que algo suyo viviera conmigo y yo pudiera amarlo. Algo tangible, distinto a los recuerdos que compartimos, algo hermanado con los genes y el pasado que igualan partes de nuestra historia. Pero me contuve y mecánicamente abrí el grifo y sufrí al ver que el desagüe se tragaba las manchas rojas y rosáceas tuyas y mías.

Cuando las huellas materiales desaparecieron y comencé a resignarme a la imposible desactivación de mis ojos, a la conveniencia de no desnudarme para así seguir siendo invisible, salí al paso al deambular de papá por las habitaciones, acurrucándolo en una esquina y quitándole mi teléfono de la mano. Temblando, quería llamar a sus hermanos, pero la pantalla táctil se resistía a sus dedos de campesino, rudos y gruesos como muñecas de niño, incapaz de pulsar una tecla, porque con un solo dedo pulsaba todos los números al mismo tiempo. Quizá por ello reclamaba frustrado lo de Dios, que no necesita teléfono de última generación ni teclas excluyentes para sus manos. Quizá por ello

papá pedía que mi hermano se le apareciera como contaba su amigo Miguel, que a él se le apareció la virgen, una virgen, un día.

Abajo, la gente que decía saber de muertes ocupaba la casa como un fluido oscuro y unánime y se nos acercaba y nos consolaban y decían, o yo entendí, que intentáramos suavizar la imagen, lamerla, para que no pinchara demasiado.